

## LA ILUSTRACIÓN A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN. VIAJE DE SIMÓN DE ROJAS CLEMENTE AL REINO DE GRANADA: LA AXARQUÍA ALMERIENSE (5-29 DE MAYO DE 1805). [4ª PARTE]: LA VILLA DE LAS CUEVAS (22-27 DE MAYO)

ANTONIO GUILLÉN GÓMEZ  
*Historiador*

*A D<sup>a</sup> Encarna Collado Casanova, cuevana de nación, ancestros y querencias, que, allá en su obligado ostracismo madrileño, fue una seguidora fiel de la revista «Axarquía», desde el instante mismo de sus primeros balbuceos tipográficos. In memoriam.*

### I—PRIMER CONTACTO CON CUEVAS. SU HISTORIA Y SU GENTE (22 DE MAYO)

El camino que enlaza la ciudad de Vera con la villa de Cuevas resulta cómodo y ameno, pues todo su trayecto transcurre por tierra llana y de formación submarina, sin superar nunca la legua de distancia<sup>1</sup>. Tampoco ofrece novedad, en lo que se refiere a las variedades de la flora observada; pero, una vez que se aproxima al río Almanzora, a cuyo cauce parece dirigirse casi perpendicularmente la trocha entre ambas poblaciones, el terreno se transforma en un vergel de bancales y acequias, que, rodeando al pueblo por casi todos sus puntos, le confieren un aspecto agradable y regalado. Cuevas se encuentra a unas cien varas por encima del nivel del mar y «*está sobre unas terreras cuyo pie baña el río y rodeado de ellas, excepto por el lado de este, que corre entre terreras por un cauce anchísimo qual el del Támesis*»<sup>2</sup>. Esta privilegiada ubicación hace que estos parajes levantinos disfruten de un clima excepcional, muy alejado siempre de las heladas que fustigan los cultivos de otras regiones: «*En Cuevas —observa Clemente— notamos más calor que has-*

*ta aquí, ni en Huélcara, y es que lo hace spre. efectivamte. por la disposición del sitio*»<sup>3</sup>.

El viajero Simón de Rojas Clemente, Comisionado Real —como ya sabemos— para la investigación de las riquezas y producciones naturales del Reino de Granada, tal vez se aproxime a esta villa con la mente aturdida por una serie de prejuicios y desenfocadas teorías. Como suele ocurrir entre pueblos limítrofes, los vecinos de Vera ya se han encargado de ponerle en antecedentes, acerca de la vida y milagros de Cuevas y de los cuevanos. Claro está, de la opinión subjetiva y sesgada que ellos han elaborado acerca de los cuevanos, la cual no tiene por qué ser mejor ni más positiva que la que los cuevanos mantienen sobre sus vecinos de Vera. Porque, ya se sabe: no hay peor cuña que la de la propia madera. Pero esta falsa impresión se vendrá abajo como un castillo de naipes, nada más pisar los umbrales del pueblo de Cuevas e iniciar el trato directo con su gente. Así lo certifica el propio recién llegado: «*Cuevas y Vera —nos advierte el viajero— son Pueblos muy rivales: mas digan lo que quieran los del último, nosotros hemos hallado en las quatro familias que hasta aquí hemos tratado una finura de sentimientos agradables que no es común en la Provincia y Cuevas solo necesita de Vera el pescado y el*

<sup>1</sup> La documentación original para este capítulo se encuentra depositada, fundamentalmente, en el Archivo del Jardín Botánico de Madrid, Fondos de Simón de Rojas Clemente, (I, 54, 2) pp. 265-288.

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 266.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 265.

embarcadero»<sup>4</sup>. Esta distinción que decimos se traduce también en una abierta inclinación hacia el buen gusto y hacia las ciencias útiles, características ilustradas que adornan a no pocos ciudadanos de Cuevas, con los que el recién llegado tendrá oportunidad de dialogar y de intercambiar pareceres. Entre otros, con don Francisco Flórez Navarro, boticario de la localidad; con don Miguel y don Manuel Soler; con don Ginés de Casanova (Mula), con un tal don Jacinto, etc. Algunos de ellos le solicitan que les sea proporcionada «una roseta de brújula explicada», para proseguir en sus investigaciones<sup>5</sup>. Y, por supuesto, ellos serán también sus expertos acompañantes en algunas de las excursiones programadas a los diversos yacimientos arqueológicos y mineralógicos que sin duda encierra este municipio.

«La fundación de este pueblo —escribía hacia 1740 el padre franciscano Pablo Manuel Ortega— es moderna y hacia los años de 1510 le hallo con tratamiento de villa; de tan humildes principios como unas cuevas que servían de habitación a los pastores y labradores de aquel país, de las que tomó el nombre, y de las cuales aún perseveran muchas en diferentes ángulos del pueblo»<sup>6</sup>. Habían transcurrido pocos años, pues, desde que la villa de Cuevas dejó de ser mora, para venir a formar parte de la corona de Castilla: Cuevas y Portilla se someten a los Reyes Católicos, junto a otros pueblos de las comarcas de Vera, los Vélez y la Hoya de Baza, a mediados de junio de 1488. En 1495 es otorgada en merced al Condestable don Luis de Beaumont, Conde de Lerín, como permuta por las posesiones que esta influyente casa nobiliaria tenía en Navarra. Pero, vuelta la villa de Cuevas al poder de la Corona, los Reyes la hacen nuevamente objeto de merced, junto a Portilla y a otras plazas comarcanas, en julio de

1503, al entregarlas al Adelantado de Murcia don Pedro Fajardo, futuro Marqués de los Vélez<sup>7</sup>. De este modo, todos estos lugares quedan desgajados de la Corona y adscritos definitivamente al régimen señorial, que, para bien o para mal, será el sistema jurídico-administrativo que predomine en la mayor parte de las tierras del levante almeriense durante todo el Antiguo Régimen. Un año después, en 1504, Cuevas aparece sustentando una población de 232 vecinos moriscos, los cuales son gravados con 1.983 pesantes y 6 dineros, cantidad que les ha correspondido en los repartimientos de 264.990 pesantes impuestos por la Corona en dicho ejercicio<sup>8</sup>. Luego tendrá lugar la rebelión morisca de 1569, la expulsión de los vencidos en 1571, y la subsiguiente repoblación de estas comarcas semidesiertas con gentes de bien probada confesión católica, apostólica y romana. Durante el verano de 1574, se procede al asentamiento en Cuevas de 226 vecinos, todos cristianos viejos, por supuesto, entre los que predominan los de origen murciano (un 71% del total). Éstos se harán cargo de las 320 suertes confiscadas a los moriscos expulsos<sup>9</sup>. Así comienza una nueva vida, marcada por la teocracia que impregna hasta el último rincón de los sucesivos reinados de la dinastía austríaca, la cual tendrá en Cuevas su especial colofón, con la fundación y erección del Convento de los padres franciscanos, en 1651<sup>10</sup>. Cuando el P. Ortega preparaba su conocida crónica de la provincia franciscana de Cartagena, el convento de Cuevas ya era toda una granada realidad: «Hoy —escribía el buen frailecico en 1740— sirve este convento a la recolección y ha quedado uno de los más pulidos Conventos, en línea de pequeños, que tiene la Provincia, con nueva y hermosa planta; y da habitación, ordinariamente, a veinte y cuatro religiosos poco más o menos»<sup>11</sup>. La influencia de esta comuni-

<sup>4</sup> (I, 54, 2) p. 265. El comisionado será objeto de otros recibimientos similares en Huéscar, La Puebla, Orce y Albanchez. En este último pueblo el Viajero hace constar su emoción, por el comportamiento de la gente: «Encontramos a nuestros Patrones —escribe— paralíticos y mal formados; pero tan francos y obsequiosos que nos lo querían dar todo, aunque ellos no deben estar muy sobrados: nos decían que en este pueblo ya se supone que se ha de mantener a los alojados. Abundaban en sentencias y dichos nada necios, proferidos en tono y lenguaje muy ba... aunque nada ofensivo y si algo agradable por la sencillez, naturalidad y rareza», (I, 54, 4), pp. 208-9.

<sup>5</sup> (I, 54, 2), p. 284. Los Soler son, a la sazón, una familia prócer, que, poco después, a partir de 1839, se enriquecerá, tras invertir en acciones mineras. Cfr. HARO RIVAS, M.: «Reparación del retrato de D. Torcuato Soler Bolea, obra de Andrea Giuliani, 1845», en *Axarquía*, nº 4, 1999, pp. 125-130.

<sup>6</sup> P. Fr. PABLO MANUEL ORTEGA: *Crónica de la Santa Provincia franciscana de Cartagena*, Murcia, 1740 (Edición facsímil de 1980), Parte 2ª, Capit. XXVIII, pp. 344-346.

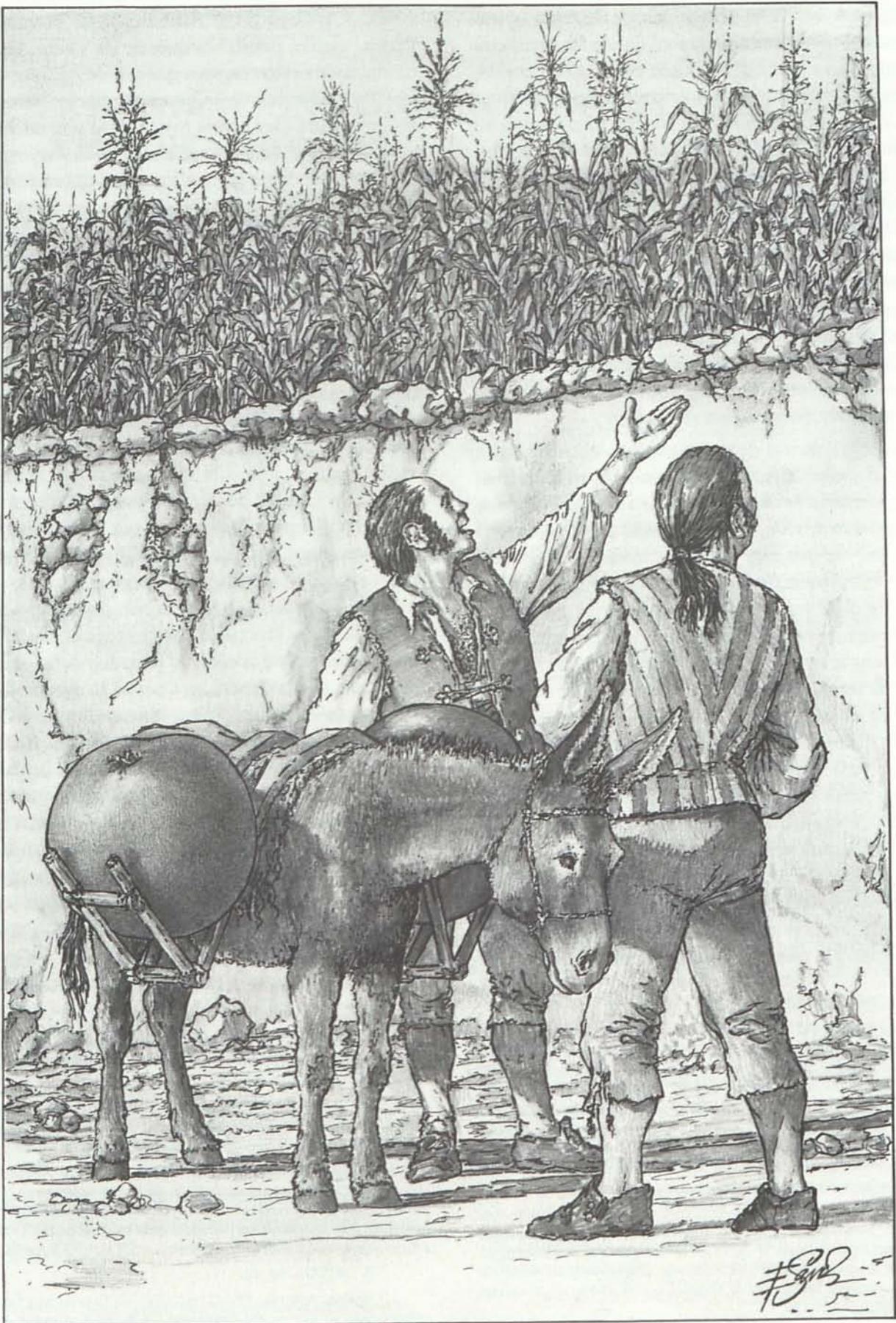
<sup>7</sup> LADERO QUESADA, M.A.: *La repoblación del Reino de Granada*, Granada, 1988, pp. 36-37 y MOLINA SÁNCHEZ, A.: *El libro de Cuevas del Almanzora*, Almería, 1985.

<sup>8</sup> Vid. GALÁN SÁNCHEZ, A y PEINADO SANTAELLA, R.: *Hacienda regia y población en el Reino de Granada: la geografía morisca a comienzos del siglo XVI*, Granada, 1997, pp. 171 y 197.

<sup>9</sup> Vid., entre otros textos, BARRIOS AGUILERA, M.: «Repoblación del valle del Almanzora después de la expulsión de los moriscos: Las Cuevas del Marquesado», en *Roel*, nº 6, 1986 y CABRILLANA CIÉZAR, N.: «Repoblación y despoblación en Almería (1572-1599)», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXXX, 4, 1977, pp. 703-729.

<sup>10</sup> P. ORTEGA: op. cit.

<sup>11</sup> Ibidem. Además, PEZZI, E.: *Libro de Cuentas del Convento franciscano de Cuevas del Almanzora (1670-1693)*, Almería, 1993; y GIL ALBARRACÍN, A.: «El Convento de San Antonio de Padua de Cuevas del Almanzora, centro franciscano del levante almeriense», en *Axarquía*, nº 7, 2002, pp. 150-163.



«Se ha visto en Cuevas mata de maíz de seis varas de alto y sandías que se cargan con dos a un borrico...»  
(Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

dad religiosa, aparte de la ejercida por el gran número de eclesiásticos seculares que, por este tiempo, se asientan en la villa, ha motivado que ésta tenga fama de carca y de holgazana para el resto de los pueblos colindantes; sobre todo, para su rival más cualificada, la ciudad de Vera. Este aspecto ya quedó agudamente insinuado por el visitador Clemente, a su paso por aquella localidad<sup>12</sup>. Desde luego, los datos demográficos entresacados de algunos censos del siglo XVIII parecen aportar algo de luz, a este respecto. En este primer cuarto del siglo ilustrado, la población de Cuevas tal vez haya desechado ya definitivamente la posible epidemia o estancamiento derivado de la expulsión morisca. Y, consecuentemente, en esta villa, como en casi todo el Reino, la población ha comenzado ya el gran despegue, que, introduciéndola en una dinámica alcista, acabará por configurar la tipología demográfica moderna o actual; es decir, la relativa a la población general de los siglos XIX y XX<sup>13</sup>. En efecto, los 232 vecinos del año 1504 —citados anteriormente— se han convertido en 530, para el período 1718-1725<sup>14</sup>; cifra que, unos treinta años después, se verá duplicada con creces: en 1752, Cuevas cuenta ya con 1.349 vecinos, de los cuales 47 son eclesiásticos<sup>15</sup>. El llamado *Censo de Floridablanca* —1787— nos aporta unos 6.638 habitantes (es decir, unos 1.500 vecinos)<sup>16</sup>. Así nos plantamos en los primeros años del siglo XIX, en los que la población cuevana debe acercarse a las 2.000 familias, cifra que, incomprensiblemente, Clemente nos ha escamoteado en sus apuntes; tanto más, cuando raramente es eludida una noticia de tal calibre por un hombre de la Ilustración. En cualquier caso, nosotros hemos suplido esta falta, comparando la población de Cuevas con las simultáneas de Vera y Huércal-Overa<sup>17</sup>. En fin, la villa que encuentra el naturalista Clemente en 1805 es una discreta población, a la que, según sus propias impresiones, no le

hace ningún honor el «mezquino» nombre que porta, «pues no se llamará tal porque viva en Cuevas una cortísima parte de su vecindario, viviendo el resto en casas regulares y muchas muy buenas, terradas las más con tierra roya. El castillo de Cuevas que domina el Pueblo y está junto a él es grande, muy bien conservado con su foso etc. Sus bolas de adorno, tal vez (sean) balas antiguas. Cuevas no tiene piso tan igual y llano ni tan buenas calles como Vera: pero sí casas más altas»<sup>18</sup>.

Cabe apuntar también la presencia en dicha villa de muchos empleados del Rey, que, como ocurre en Vera, dejan una sustanciosa cantidad de dinero para el desarrollo de la vida artesanal y comercial de la localidad. Y es que pocas cosas se escapan a la pupila avispada de Clemente, a sus oídos siempre atentos a la noticia curiosa o singular. He aquí, pues, algunas de las notas etnográficas o costumbristas, que nunca pueden faltar en sus apuntes de campo: «es notable que en Cuevas haya siete tontos, y dicen que poco ha llegaban hasta trece: lo que se atribuye a que las Mugerres embarazadas no suelen reparar en entrar a bañarse». Y es que, no nos engañemos (parece advertir el viajero, para su capote): algún defecto habían de tener estas gentes tan industriosas y activas, a tenor de lo que añade inmediatamente después: «son también los de Cuevas —dice, no sin cierto retintín— aficionadísimos a bañarse, lo que hacen en la Torre de Villaricos, entrando a pesar de los bandos que se hechan cada año en contra a bañarse juntos hombres, mugeres y capellanes»<sup>19</sup>. En lo tocante a la indumentaria más usual entre estos naturales, cabe decir que «en Cuevas usan mucho llevar manta y pañuelo en la cabeza». También es frecuente el uso de la montera<sup>20</sup>. Así mismo, entre las peculiaridades y costumbres advertidas en su trato ordinario con la gente del pueblo, Clemente entresaca las siguientes muestras: «Al *carthamus lanatus*, que abunda mucho sin flor ahora, llaman *cardo santo*, y los cabadores aseguran que cuando se les escuecen (escaldan) los sobacos, basta ponerse en la montera un ramo de esta planta para librarse al instante de esta incomodidad: remedio usual de todos. Así cuando les da vinagrera (acedia por indigestión) —ardores de estómago— se atan al cuello unos espartos, con lo que aseguran quitárseles muy pronto la indigestión»<sup>21</sup>. Finalmente, «Aquí usan

<sup>12</sup> (I, 54, 2) p. 254.

<sup>13</sup> Cfr. SÁNCHEZ PICÓN, A.: «Crecimiento económico, Historia y medio ambiente en el levante almeriense», en *Axarquía*, nº 2, 1997, pp. 17-20.

<sup>14</sup> B.N. Manuscritos, Relaciones Topográficas, Ms. 2.274.

<sup>15</sup> R.A.H. Resúmenes topográficos del Catastro de Ensenada, leg. 9/6358. En esta misma relación, Vera cuenta con 1.367 vecinos, de los que sólo 29 presentan la cualidad de eclesiásticos, algo menos que la mitad de los de Cuevas.

<sup>16</sup> R.A.H. Leg. 9/6224.

<sup>17</sup> 2.000 son los vecinos asignados por Clemente a la ciudad de Vera, a cuya cifra debe aproximarse la de Cuevas, si nos atenemos a la progresión de ambas poblaciones a lo largo del siglo XVIII. Por otra parte, este mismo Comisionado nos confirmará a su paso por Huércal-Overa: «Huércal tiene muchos cortijos y entre todo tantos o más vecinos que Cuevas, es decir, unos dos mil». (I, 54, 2) p. 299.

<sup>18</sup> (I, 54,2) p. 265.

<sup>19</sup> (I, 54, 2) p. 282.

<sup>20</sup> Ibidem, p. 284.

<sup>21</sup> Ibidem, p. 280.

*cocer sus tortas de cebada y bollos de maíz en casa sobre una losa de pizarra común o de arenisca que ponen al fuego sostenido por 4 pilares de cantos, la que caldean quemando leña por debajo»<sup>22</sup>. Aunque, cambiando bruscamente de tercio, añade otra de esas noticias cazadas al vuelo: «En Cuevas abundan mucho las tortugas, que no comen»<sup>23</sup>.*

Y, retornando de nuevo al tema troglodítico, el Comisionado real parece quedar gratamente impresionado ante la insólita belleza que sin duda se desprende de estas terreras, rutilantes de luz y horadadas de cavernas, probablemente habitadas desde quién sabe cuándo por los primitivos pobladores de esta comarca. Así, la terrera del Calguerín y algunas otras. Quién sabe. Todos coinciden —y Clemente no va a ser una excepción— en asegurar que el topónimo de Cuevas proviene de estos testigos del pasado cavernícola, aunque el verdadero origen de las mismas sea bastante discutible: «En estas terreras se ven muchas cuevas, que según aseguran comunican entre sí, acia lo alto, inaccesibles por esto las más y obra al parecer de moros, en cuyo tpo. serían tal vez muy accesibles; porque en esta formación submarina que tanta arena tienen asombra el poder de las aguas lluvias que las hacen pedazos y desfiguran. Prueba de esto son sus Aljibes magníficos morunos, el uno hecho ahora capilla del altar mayor de S. Diego (hermita junto al pueblo) y el otro inmediato (sic) a este, que ahora ya no pueden recibir agua alguna lluvia por estar rodeados de barrancos sobre la cumbre de un cerrito casi aislado, y que seguramente se harían para que la recibieran abundante cuando no existían aún estos barrancos. En igual caso se halla en Vera el Aljibe que está en lo alto del cabezo del espíritu santo... En San Diego suponen un Pueblo antiquísimo llamado Gestas»<sup>24</sup>.

En estas terreras abundan las conchas, las cuales se presentan en perfecto estado de conservación; entre ellas, la ostracea de grandes dimensiones, casi

redonda, vista durante el otoño anterior en la zona del Bodurria, cerca de Baza. También aparece de cuando en cuando el yeso especular, salpicando diversas secciones de estas terreras: «montañas de sol y aire», les llaman los naturales de esta tierra<sup>25</sup>. Y, siempre a la vista, la Sierra de Almagro: «Desde Cuevas se ve a la Sierra de Almagro, toda de yeso por su parte que mira a la villa, excepto en la punta más alta de ella que es de roca caliza, como en otros puntos donde asoma desnuda ésta. Una veta de excelente yerro, según ensayos hechos en la Fábrica de Bacares, se descubre en esta Sierra acia su punta NO.»<sup>26</sup>.

Cerca también de la villa, en la cima de una terrera que se desploma sobre el cauce del río, aparecen las ruinas de Portilla, las cuales atraen la atención de los visitantes curiosos, que nunca faltan en estos contornos. No hace muchos años, otro comisionado real, don Antonio Ladero, recorrió este término municipal, registrando los numerosos vestigios de sus historias pretéritas<sup>27</sup>. Para Clemente tampoco pasan desapercibidas estas ruinas, sino que, al rendirles la obligada visita, deja escrita la siguiente nota: «Portilla. Pueblo que dicen cita Plinio, solo tiene ahora siete Cortijos y los vestigios de su antigua habitación; pues sus vecinos pasaron a vivir a Cuevas, reuniendo con este su Iglesia y Jurisdicción: estaba situado sobre lo alto de una terrera al lado del río»<sup>28</sup>. Portilla debió de empezar a desvanecerse paulatinamente, tras los trágicos avatares sufridos durante la rebelión de los moriscos, 1569-1571. El 14 de noviembre de 1571, precisamente, el párroco de este lugar daba cuenta a la superioridad del estado de decadencia e inhabitabilidad en que había quedado su pueblo, luego del bloqueo protagonizado por los correligionarios de Abén Humeya<sup>29</sup>. Así ocurrió con otros lugares comarcanos, por ejemplo, con Serena, donde la expulsión de 1570 provocó el consiguiente empobrecimiento agrícola y la caída demo-

<sup>22</sup> Ibidem, p. 284. Esto último parece ser una costumbre primitiva, tal vez importada de África.

<sup>23</sup> Ibidem, p. 244.

<sup>24</sup> Ibidem, pp. 266-7. Los informantes de Clemente acerca del origen de las cuevas de esta villa, tal vez hayan caído en el error popular — casi generalizado en toda Andalucía — de atribuir un origen arábigo a toda obra que se precie de contar varios siglos de antigüedad. En cuanto a las ruinas de Gesta, García Asensio escribió lo siguiente: «En este sentido hay que apreciar el hecho de que las ruinas distan a lo sumo 6 kilómetros de la antigua población romana llamada Gesta, que estuvo situada en la parte Norte de la ciudad de Cuevas, donde ahora está el santuario de San Diego. Allí se conserva un torreón de construcción romana adosado al templo por su parte occidental, y además restos de los edificios, bóvedas y silos», etc. GARCÍA ASENSIO, E.: *Historia de la villa de Huércal-Overa*, tomo I, Murcia, 1908, p. 274.

<sup>25</sup> Ibidem, p. 284. «Campos azotaos del sol y del viento», les llamará también, muchos años después, el gran poeta Álvarez de Sotomayor. Vid. PONCE MOLINA, P.: «El medio ambiente de Cuevas del Almanzora en la obra de José M<sup>o</sup> Álvarez de Sotomayor», en *Axarquía*, n<sup>o</sup> 4, 1999, pp. 196-205.

<sup>26</sup> Ibidem, p. 267.

<sup>27</sup> A su paso por la villa de Orce, Clemente dejará escrito lo siguiente: «Dn. Antonio Ladero, que había oído citar en Cuevas, Huéscar y otras partes estuvo aquí y copiaba parece que por comisión y con inteligencia inscripciones etc.» (I, 54, 2) p. 356. Véase también FLORES GONZÁLEZ GRANO DE ORO, M.: «Informe histórico y arqueológico sobre Cuevas», en R.S.E.A., N<sup>o</sup> XII, 1921, pp. 37-73.

<sup>28</sup> (I, 54, 2) p.272.

<sup>29</sup> SÁNCHEZ RAMOS, V.: «Cuevas, los moriscos y Abén Humeya. Historia de una tragedia», en *Axarquía*, n<sup>o</sup> 5, 2000, p. 50.

gráfica<sup>30</sup>. La despoblación de Cabrera tal vez empezara algunas décadas antes<sup>31</sup>. No obstante, en lo que respecta a Portilla, su nombre continúa apareciendo en numerosas cartas geográficas surgidas después de la segunda mitad del siglo XVI, hasta la primera del XVIII. Y muchas veces, ocupando el lugar de Cuevas, cuyo nombre no aparece. Así, entre otros, en los mapas de Forlani Veronese-Bertelli (Venecia, 1559), Artelius (Amberes, 1570), Bussemecher (1600), Nicolás de Fer (París, 1705), Nicolás Sansón (París, 1725), etc.<sup>32</sup>.

En fin, el Cuevas actual es un pueblo próspero, que, pese a vivir fundamentalmente de sus extraordinarios recursos agrícolas, tampoco desdeña la explotación de pequeños talleres manufactureros, como los dedicados a la confección de medias de seda y otras industrias textiles, obras desempeñadas, generalmente y al igual que en Vera, por el elemento femenino de la localidad<sup>33</sup>. También gozan de cierta pujanza las artesanías alfareras, las cuales han propiciado una variada fabricación de objetos, todos muy útiles para el ajuar doméstico: «En Vera y Cuevas —nos asegura el Viajero— hacen sus jarras blancas que se trasudan y mantienen muy fresca el agua, aunque con el uso toman un color sucio, defecto que no tienen las de Andujar y parece que tampoco las de Lorca»<sup>34</sup>. ¿Y qué decir de su industria harinera, tal vez la más floreciente de todo el Levante? ¿Qué decir de sus molinos? Veamos lo que nos aporta Clemente a este tenor: «Molinos tienen 12 en Cuevas con veinte piedras al todo: así a Cuevas vienen a moler todos los de Vera, casi todos los de Muxacar, Águilas y Almazarrón y aun los de Lorca vinieron cuando cayó el pantano. Además llevan los de Vera y Cuevas arina hecha aquí por esos Pueblos»<sup>35</sup>. En

<sup>30</sup> RODRÍGUEZ-GERSCHWITZ, C.: «Serena, pueblo morisco. Sus tierras y su gente en el siglo XVI», en *Axarquía*, nº 2, 1997, pp. 6-9.

<sup>31</sup> GRIMA CERVANTES, J.: *La tierra de Mojácar: desde su conquista por los Reyes Católicos hasta la conversión de los mudéjares (1488-1505)*, Granada, 1987.

<sup>32</sup> Vid. PAREJA MUÑOZ, F.: *Historia cartográfica de la Costa de Lorca*, Murcia, 1995.

<sup>33</sup> (I, 54, 2) pp. 247-8.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 265.

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 280. Como es sabido, el celeberrimo pantano de Lorca reventó el 30 de abril de 1802, sumiendo a la ciudad en una de las mayores tragedias de su historia. Vid. MUSSO Y FONTES, J.: *Historia de los riegos de Lorca, de los ríos Castril y Guardal...*, Murcia, 1847, p. 229. Precisamente, una de las víctimas mortales de la brutal avenida fue el gran amigo del Abad Navarro, don Antonio Robles Vives, Consejero de Hacienda, promotor de la modernización del puerto de Águilas y cuñado del Conde de Floridablanca: GUILLÉN GÓMEZ, A.: *Ilustración y reformismo en la obra de A. J. Navarro, Cura de Vélez Rubio y Abad de Baza*, Revista Velezana e I.E.A., Almería, 1997.

fin, siguiendo la tónica de muchos otros lugares comarcanos, también aquí se han instalado dos fábricas de salitre, cuyo producto es exportado en su totalidad a Lorca<sup>36</sup>.

## II – CUEVAS, LA DESPENSA DEL SURESTE. UNA AGRICULTURA BASADA EN UN ESME-RADO APROVECHAMIENTO DEL AGUA

A pesar de los constantes lamentos del agricultor cuevano y de su sempiterna cantilena en demanda de lluvias, la agricultura veguera que Clemente encuentra en esta villa es digna de su más sincera admiración. No obstante, muchos años después de esta visita ilustrada, el poeta vernáculo Álvarez de Sotomayor seguiría apropiándose del desgarrado e histórico grito ambiental de unas tierras sin agua:

*Dende que tuvimos aquella derrota  
diez años van secos, pero arremataos,  
sin que escurra el cielo maldecía la gota,  
sin que creza jierba ni pa los ganaos.*

Sin embargo, desde mucho tiempo atrás, los de Cuevas habían logrado una perfección tal en el aprovechamiento del agua, que sus cultivos de regadío, su excelente red de canales y acequias, a juicio de Clemente, constituían un ejemplo de racionalidad y bien hacer. Y tal vez pudiera decirse lo mismo de la comercialización de sus productos. El comisionado real no siente empacho alguno en reconocerlo: «Pero el (primer) Pueblo de regadío que hay por todo este País es Cuevas, que parece saca del río todo su riego: Cuevas es el pueblo verdulero que lleva verduras a Lorca, Baza, etc.»<sup>37</sup>. Y un poco más adelante insiste: «Los de Cuevas están llevando a Madrid cargas de avichuelas tiernas. Los muchos pimientos de Cuevas todos son largos; pues la hermosa casta de 4 gajos gordos de Valencia y Murcia parece que no se cultiva en parte alguna de la Provincia de Granada. Cuevas surte de verdura a Lorca, Baza y demás pueblos de en 15 leguas a la redonda»<sup>38</sup>. Y es que estos expertos agricultores han conseguido sacar tres cosechas por temporada de sus bancales de regadío: la primera de cebada para verdear (es decir, para forraje), la segunda de habichuelas, y la tercera de maíz. Como norma general, todo regadío debe dar,

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 272.

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 223.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 248.

cuando menos, dos cosechas al año, sin descansar jamás: una de trigo o cebada y otra de maíz, «*que es la alternativa ordinaria*»<sup>39</sup>. Esta feracidad comprobada ha conseguido que estas tierras alcancen unos valores astronómicos en el mercado de fincas rústicas. Según Clemente, «*una fanega de tierra buena de riego vale en Cuevas diez mil reales: la de medio riego de 300-400 ducados —3.300/4.400 reales—, la de seco 800-1000 y más reales*»<sup>40</sup>.

Evidentemente, sus muchos trajines y desvelos le han proporcionado unos resultados bastante halagüeños. Y así lo constata el ilustrado visitante: «*Cuevas es un Pueblo Labrador de mucho rumbo y riqueza, que tiene de regadío la mitad del terreno que cultiva, en el que coge treinta mil fanegas de maíz y algunos años más, y mucho trigo y cebada. Su riego viene de la copiosísima fuente de Overa que nace en el mismo cauce del río*<sup>41</sup>: *su vega se extiende por las dos riveras de éste desde sobre el Pueblo hasta la playa, por el espacio de dos leguas, con cerca de un cuarto de ancho. Rascando en el cauce del río cuando falta agua en el verano, la hallan muy pronto, por lo que no se duda podría aumentarse aún el agua de riego con grandes aumentos de la prosperidad del Pueblo. Se ha visto en Cuevas mata de maíz de 6 varas de alto y sandías de que cargan con dos a un borrico, haciendo de cada una un tercio, y melones de invierno de veinticinco libras*»<sup>42</sup>. Por todo lo dicho, en este pueblo tal vez no se haya dejado sentir, con la virulencia que en otros rincones coterráneos, la hambruna que tan brutalmente ha golpeado las vidas de muchos millones de compatriotas. No obstante, el trigo se acaba también aquí, y, por esta razón, «*en los últimos meses antes de la cosecha se come en Vera y Cuevas mucho pan o torta de cebada, que yo —afirma Clemente— he gustado y preferiría al maíz. Al cerner la harina de cebada se usan dos cedazos, uno para quitarle la «pajusa» que son*

*las ventallas del grano, y otro más fino para quitarle el «morfuelo» que así llaman al salvado de la cevada*»<sup>43</sup>.

A pesar de esta abundancia de los acuíferos del cauce del río, todavía quedan en la vega cuevana muchos ejemplos de obras realizadas en otros tiempos de escasez, como la estupenda red de aljibes; pero que, en cualquier caso, a Clemente le llaman poderosamente la atención, dada su inexplicable funcionalidad. En efecto: «*Notase también en Cuevas —escribe— que se hallan muchos aljibes en la Vega, hechos para qué? teniendo agua en el río de que beben los naturales? Estos infieren de aquí que cuando se hicieron estos Aljibes no venía agua por el río spre. por no existir la fuente de Overa y otras, que según la tradición del País brotaron por el gran temblor de que queda memoria tradicional y es tal vez el que asoló a Almería y cita Sandoval. La fuente de Overa no crece ni mengua y es, dicen, una de las siete que se mantuvieron en la seca general de España*»<sup>44</sup>. Esta abundancia de las aguas regables ha venido propiciando un sistema de riego racional y bien elaborado, para el que ha sido necesario instalar previamente una adecuada infraestructura, la cual tal vez date de la época de la repoblación, o incluso de época morisca. Así se ha conseguido poner en cultivo más de cuatro mil fanegas de excelente calidad. El comisionado real lo refiere de este modo: «*Para conducir el agua de riego agugeran (sic) las terreras. A las tierras que solo toman riego cuando sobra a las que lo tienen spre. llaman de riego gracioso. Pues el riego es de las otras que pagan censo de Población según el repartimto. que como dueño hizo el Rey de las tierras de esta Provincia*<sup>45</sup>: *estas tierras de todo riego son quatro mil fanegas y pudieran serlo seis mil que es lo que intenta el actual Alcalde mayor: las quatro mil valen treinta millones. La copiosa fuente que nace en el río cerca del mar a perderse casi toda, podría, suponen, hacerse salir sobre el Pueblo. El río debe llevar mucha agua por debajo; pero el cortarlo es demasiado costoso:*

<sup>39</sup> Ibidem, p. 286.

<sup>40</sup> Ibidem, p. 283. Compárense estos valores con los que, durante este mismo período, se justiprecian algunas tierras de la Hoya de Baza, también consideradas de primerísima calidad: el mayor valor alcanzado por una fanega de riego en la Puebla de Don Fadrique asciende a 4.000 reales, mientras que una fanega selecta de riego en Orce no pasa de los 2.000. (I, 54, 2) pp. 344 y 356, respectivamente.

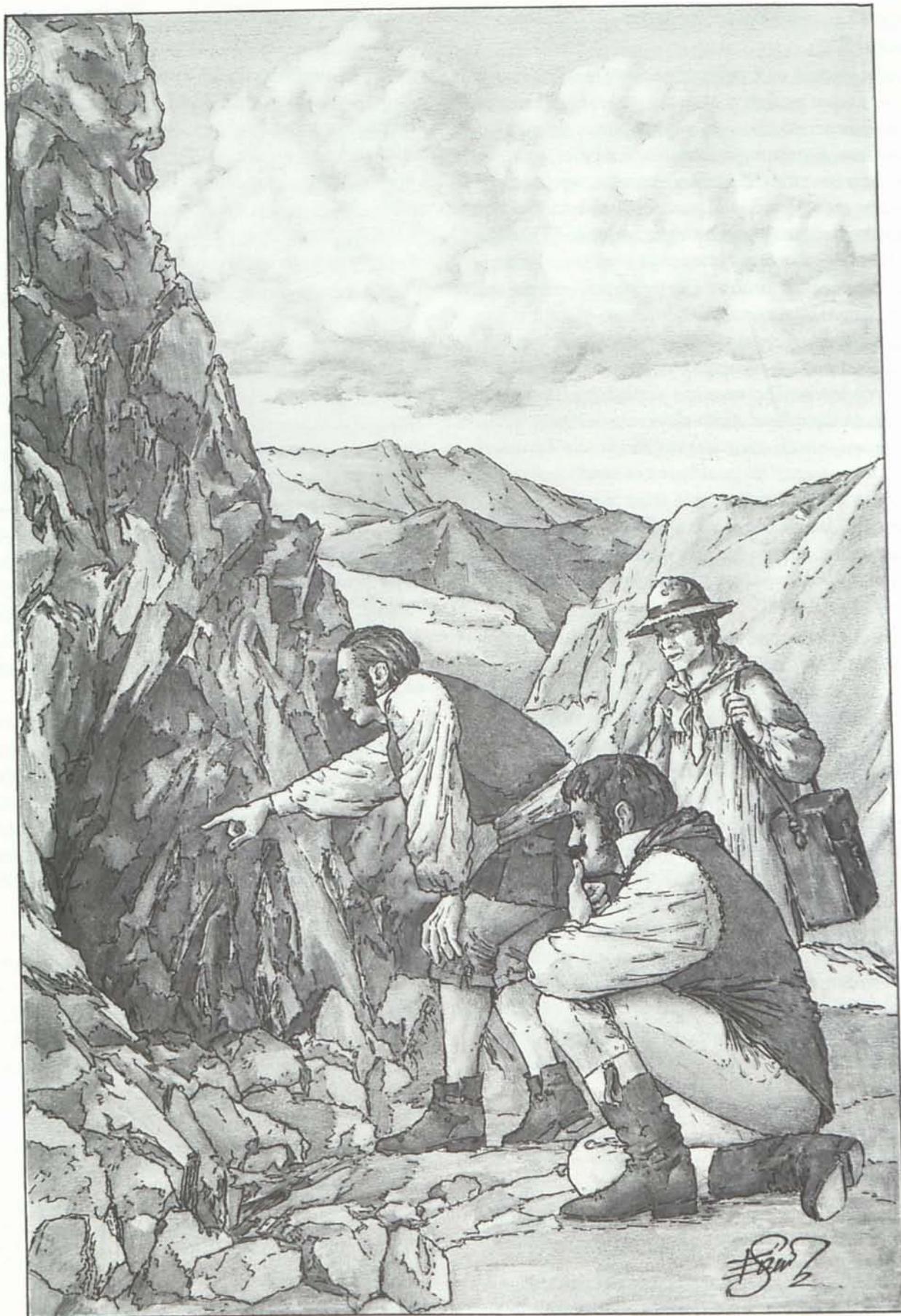
<sup>41</sup> Respecto a estos veneros o acuíferos en las proximidades del río, véase MUÑOZ GARCÍA, D.: «La Cubeta de Overa», en *Axarquía*, nº 5, 2000, pp. 181-188.

<sup>42</sup> (I, 54, 2) pp. 265-6. «*Para coger mucho maíz en Cuevas —dice en otra ocasión— basta sembrar con agua de riego o llovida*», Ibidem, p. 275. Y «*con las filas de las tomateras alternan las zanjas que hacen para que entre en estas el riego y la demasiada humedad no pudra las plantas*», Ibidem, p. 286.

<sup>43</sup> Ibidem, p. 284.

<sup>44</sup> Ibidem, p. 267. ¿Se refiere el autor al gran terremoto de 1518, el que acabó con Vera la Vieja?

<sup>45</sup> Lo dicho ya tantas veces: Provincia, aquí, debe de entenderse por la totalidad del antiguo Reino de Granada: las actuales provincias de Granada, Almería y Málaga. Vid. SEMPERE Y GUARINOS, J.: *Memoria sobre la Renta de Población del Reino de Granada*, Imp. De Nicolás Moreno, Granada, 1799; GARZÓN PAREJA, M.: «La Renta de Población del Reino de Granada», en *Cuadernos de la Alhambra*, 18, 1982, pp. 207-229, etc. Clemente, acerca de los repartimientos, añade: «*En Valencia parece se hizo de otro modo más ventajoso el repartimto. de tierras*», Ibidem.



«Vimos junto a nuestra vereda, en una cuevecita hecha en la pizarra arcillosa (base de estos cerros), esflorescencias de sal común, que han hallado también en otras cuevecillas...». (Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

*importa no dejar perder las aguas que actualmte. se filtran*»<sup>46</sup>.

En general, en Cuevas se produce muchísima fruta, «aunque podría y debería haber mucha más, especialmte. de almendras que apenas tienen aunque dicen prueban grandemte.»<sup>47</sup>. Aparte, pues, de los artículos ya citados anteriormente, aquí se cosecha una gran variedad de productos: mucho algodón y mucho lino, muy buenos higos, sobre todo la especie llamada *pero laso*, estupenda para secar, aunque muchas veces el fruto se cae del árbol, porque una gran parte de los agricultores parecen ignorar el uso de los consabidos cabrahigos, con cuyo sistema se completaría su crecimiento y maduración<sup>48</sup>. Así mismo, «cogen mucha naranja y limón; el tomate y avichuela tierna que tanto dinero les valen se cultivan principalmte. inmediato al Pueblo en las huertas... las cerezas no prueban tan bien en Cuevas como en otros Pueblos más fríos. Cogen muchas granadas. Sus melones son muchos y exquisitos de verano e invierno además de otros moriscos traídos poco ha extremamte. largos: suelen picar mucho de tan dulces»<sup>49</sup>.

Otros productos y otras ausencias citadas por Clemente: «En Cuevas es grande la cosecha de barrilla que suponen (de calidad) excelente: corta de olivas, porque son ya viejos sus olivos entre los que se ven algunos corpulentos y tal vez porque los riegan demasiado; ninguna la de vino que les traen de Baza y los Vélez; pues parece que en Cuevas sólo hay una viña. ¡Qué lástima cuando debía poblar la vid todo lo que tienen inculto, pues que es excelente para ella! Sus cerrillos y lomas submarinas, su Sierra de Montroy, por qué no ha de llevar vino? Y por qué desde Adra exclusive hasta la raya de Murcia no se ha de ver la vid, en los terrenos precisamte. mejores para ella e inútiles para todo lo demás»<sup>50</sup>. ¡O! (sic) si se cultivara por aquí la vid quanto debe bastaba esto solo para duplicar la Población, y España debería ser el único País en Europa de que

*extragesen vinos. ¿Y las pasas? Es verdad que faltan brazos y es regular que conforme se aumenten estos, se aumenten la labor, industria y actividad en todos los ramos. Pero además de esto, la rutina hace mucha fuerza al Pueblo y detiene sus progresos. La Alpuxarra es tal vez en España el País donde más bien se aprovecha el terreno y hay más industria agrícola, justamte. en el terreno más ingrato: Los Filabres compiten en lo último con los Alpuxarreños, pero no son tan aprovechados»<sup>51</sup>.*

Con eso y con todo, en Cuevas aún queda alguna que otra viña y de un tiempo a esta parte su número se ha incrementado considerablemente, del mismo modo que está ocurriendo en otros municipios de la costa, lugares que parecen adecuados para admitir muchas más plantaciones. En cualquier caso, su cultivo no es nuevo en estos pagos. Muy al contrario, «en Cuevas dicen que había antes (60 años ha) muchas viñas en la Vega, que fueron arrancadas enteramte. —¿por qué?—: hicieron bien y tendrán completo este ramo de Agricultura, quando hayan llenado de pámpanos sus estériles terreras y su Sierra Almagrera, si en lugar de su vidueño preferido, que es el Jaen blanco, llegan a conocer y adoptar el Ximenez y otros que parece son del todo ignorados en el País»<sup>52</sup>.

No obstante lo dicho, Clemente acaba por reconocer, a renglón seguido, que no se debe teorizar ni generalizar de manera indiscriminada. Y que también los labradores y demás dependientes del mundo rural tienen sus razones para obrar de una determinada manera, despreciando las otras a su alcance. Muchos años de experiencia, siglos tal vez, no han debido caer en saco roto. Por eso añade: «Se excusan (tal vez con razón) de no poner viñas en las terreras de Cuevas porque dicen no prenderían a causa de lo aridísimo de ellas; pues las tuesta un sol abrasador sobremanera. Aquí, dicen ellos, no llueve, estamos spre. gimiendo por agua: no la dejan caer las nubes que pasan a no venir ya lloviendo con rabia: estas son montañas de sol y aire: estos

<sup>46</sup> (I, 54, 2) p. 286.

<sup>47</sup> Ibidem, p. 283.

<sup>48</sup> (I, 54, 1) p. 251, y (I, 54, 2) pp. 246 y 283.

<sup>49</sup> Ibidem, «A las sandías llaman melones de agua», Ibidem, p. 283. Por influencia, tal vez, de los revendedores cuevanos, todavía se les sigue llamando así a las sandías —*melones de agua*— en Orce y otros pueblos de la Hoya de Baza.

<sup>50</sup> Nótese cómo el pensamiento y las teorías del Abad Navarro están presentes en estas reflexiones de Clemente. Parecen dictadas por el propio ilustrado comarcal, que tanto había abogado, en vida, por estas mismas cuestiones. Véanse, por ejemplo, sus *Cartas o Paseos de 1789*, su *Proyecto para una historia de Vera*, etc.

<sup>51</sup> (I, 54, 2) pp. 282-3. Clemente parece haber conocido las teorías malthusianas relativas a la población. No se olvide que nuestro ilustrado viajero ha residido algún tiempo en Inglaterra (Cfr. *Axaquia*, n° 7, 2002, pp. 37-51.). Malthus relacionaba el crecimiento de la población con el incremento de los medios alimenticios, utilizando un postulado muy simple: «afirmo —escribía en 1798— que la capacidad de crecimiento de la población es infinitamente mayor que la capacidad de la tierra para producir alimentos para el hombre. La población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica. Los alimentos solo aumentan en progresión aritmética», MALTHUS, R. T.: *Primer ensayo sobre la Población*, Madrid, 1966, p.53.

<sup>52</sup> Ibidem, p. 282.

*mismos son los clamores de Vera etc. etc. etc. Así un modo que usan mucho en Cuevas de propagar la vid es irla hundiendo sin cortar la madre que puesta en terreno más húmedo debe embiárselos»<sup>53</sup>.*

Entre las variedades de vid o vidueños que todavía se cultivan en Cuevas, generalmente en parrales, cabe destacar las siguientes: la principal de todas, la *mulata negra*, a la que siguen en abundancia y popularidad la *ojo de buey*, la *morrastréll*, «*que es negra y menuda: lo usan para dar color al vino en las viñas*», la *datileña*, la *cojón de gallo*, la *de pasa*, la *vascoroy*, la *revientatinajas*, «*diversa del quebratatinajas*», la *Santa Paula*, la *verdal*, la *overa de gallina* y la *moscatel gordo blanco*<sup>54</sup>.

Una característica muy peculiar de la agricultura cuevana es la puesta en cultivo de sus célebres cañadas. A través de un viejísimo sistema de aterrizar las pendientes, consiguen conservar en cada uno de los bancales obtenidos el agua de las avenidas y la humedad suficiente para convertirlos en extraordinaria tierra de sembradura. Aunque el sistema no es exclusivo de este municipio, Clemente describe pormenorizadamente las que ha observado y pateado en esta visita: «*Tienen en Cuevas —nos relata con cierta meticulosidad y complacencia— quatro grandes «cañadas» (además de otras pequeñas) que merecen citarse: son más bien unas anchas ramblas rodeadas de terreras por todos lados, excepto por la parte inferior o desagüe. Las terreras están cortadas y surcadas por barranquitos comunmente. muy cortos y precipitados, pues ellas apenas tienen declive ordinariamente. y así no puede el que entra en la cañada salir regularmente. de ella sino por su parte inferior. Así pues cuando llueve se acumula para formar rambla mucha agua en la cañada que trae suma turbidez por la tierra, despojos vegetales y estiércoles que ha pillado de paso. Claro está que esta agua es el mejor estercuelo y sobrado o suficiente para la tierra que la empape. En efecto así es y los de Cuevas no la dejan perder; pues han hecho a través de la cañada «caballones» de calicanto que corren de parte a parte sugetando el terreno contra el impetu de las avenidas y elevándose un poco sobre él para*

<sup>53</sup> Ibidem, p. 284. Ratificando plenamente lo apuntado por los contemporáneos de Clemente, muchos años después, en 1999, todavía se podía escribir lo siguiente: «*Cuevas del Almanzora presenta uno de los índices pluviométricos más bajos de España con sólo 194 mm. anuales y el máximo absoluto peninsular de insolación con 3.308 horas anuales de sol*», PONCE MOLINA: op. y loc. cit. p. 200.

<sup>54</sup> Ibidem, p. 280. Cfr. CLEMENTE, S. DE R.: *Ensayo sobre las variedades de vid común que vegetan en Andalucía*, Imprenta de Villalpando, Madrid, 1807.

*contener las aguas, obligándolas a detenerse y dejar la «lexía» que traen. Nunca mejor que quando ven la cañada hecha un mar; lo qual es rarísimo por escasear tanto las lluvias en este País: con la tierra que dejan las avenidas se va elevando el terreno y tienen casi todos los años tierra nueva y exquisita. (El río con sus avenidas suele enoblecir (sic) de este mismo modo las tierras con sus avenidas). Esta (como la de las terreras) es siempre muy arenisca —a la tierra en que domina la arena llaman «bruja»— y con mucha mica, conteniendo en trechos varia dosis de arcilla: a proporción que esta aumenta se dice que la tierra es más fuerte: y donde domina la arcilla se dice que es «tarquín». El que no puede hacer sus caballones de cal y canto los hace de tierra, con riesgo de que la avenida los estropée a ellos y al bancal. La tierra de las cañadas se conserva muy fresca y húmeda en su fondo»<sup>55</sup>.*

### III – NUEVA VISITA A LA SERRATA DE MONTROY O SIERRA ALMAGRERA (23 DE MAYO)<sup>56</sup>

Nos parece un tanto imprecisa y ambigua la descripción o localización de la Sierra Almagrera, anotada por Clemente en su bloc de trabajo. Pero nos hemos propuesto ser fieles divulgadores de sus manuscritos; por lo que, consecuentemente, los transcribimos al pie de la letra, dentro de lo posible y de lo que a veces permite la propia comprensión del texto: «*La Sierra Almagrera —nos dice— corre a lo largo de la playa desde el río Almanzora hasta la Punta de la Sierra de Villaricos (vulgo cabeza negro) por el espacio de una larga legua, rebajándose hasta desaparecer en dha. punta: esta es su dirección longitudinal y así no la pinta bien (Tomás) López. El ramal que corre a lo largo del río está bien y tiene ~ de largo*»<sup>57</sup>. Se elevará a lo sumo unas 300 varas sobre el nivel del mar<sup>58</sup>.

<sup>55</sup> Ibidem, pp. 285-6. El sistema, obviamente, se ha seguido utilizando hasta nuestros días: «En el Sureste de la Península —escribe un autor contemporáneo— las avenidas modestas pueden resultar beneficiosas para el regadío, especialmente si existe una cultura de aprovechamiento de las mismas mediante, entre otros sistemas, “boqueras” que captan el agua de las ramblas, e incluso del mismo río, como ocurre en el territorio almeriense de Huércal-Overa y Cuevas del Almanzora en la Andalucía subdesértica y a la vez mediterránea en pleno Sureste”, PONCE MOLINA, P., op. y loc. cit. p. 198.

<sup>56</sup> Según Simón de Rojas Clemente, los marinos la conocían como *Serrata de Montroy*, mientras que los naturales del país preferían llamarla *Sierra Almagrera*. (I, 54, 2) p.252.

<sup>57</sup> Ibidem, p. 287.

<sup>58</sup> Ibidem.

Como dejamos consignado en otro lugar, el comisionado real ya había deambulado por estos mismos parajes el pasado día 20 de mayo, a donde llegó partiendo de la ciudad de Vera<sup>59</sup>. Fue aquélla una visita fugaz, precipitada, y en cierto modo un tanto decepcionante. Pero ahora será distinto, pues seguramente le han motivado y predispuesto a ello sus amigos de Cuevas, hablándole de las mil maravillas y misterios que encierra esta especie de santuario mineralógico. Así parece desprenderse de los correlativos apuntes del viajero: «23 de Mayo. Hoy volvemos a la Sierra de Montroy o Almagrera, la más acreditada en el País por sus preciosidades, especialmte. por su cueva del cristal. De ella parece sacarían los romanos la plata que tanto se ha vociferado spre. o mucha de ella según lo que en ella trabajaron y según los Historiadores, cuyas señas convienen bien a esta Sierra o al menos mejor que a otras. Nadie ha visto la famosa cueva del cristal con que han enriquecido tanto extranjero, ni nadie ha visto su puerta o entrada, fuera de los extranjeros que la hallan por sus recetas y malas artes, pactos diabólicos, etc. aunque señalan una entrada a ella muy difícil por meterse en ella el mar. Unos de Lorca (dicen) reunidos en Compañía hicieron el disparate de abrir la roca en un sitio con esperanzas de dar así con la cueva. Cerca de dos horas gastamos en llegar a la falda de la Sierra, porque nos encaminábamos hacia su extremo de O.»<sup>60</sup>. Es decir, los expedicionarios dirigen sus pasos hacia la punta más septentrional de la sierra, siempre por su cara opuesta al mar.

Antes de llegar a la meta prevista, cuando sólo se llevan andados dos tercios del camino, les sale al encuentro una buena formación de pórfido, ocupando una pequeña cordillera que casi corre paralela a la Sierra Almagrera, por espacio de un cuarto de hora. Se trata de cuatro cerritos cónicos de muy escasa altitud, en relación con la propia formación submarina que predomina en el país. Dicha formación se encuentra, aproximadamente, a tres horas de Vera, a dos de Cuevas y como a otras dos de la Torre de Villaricos, siempre en dirección norte. Lo más notable de este descubrimiento tal vez sea la abundancia en los referidos altillos de mica de todos los colores, grandes cristales de feldespato y algún cuarzo. El pórfido, en fin, está muy descompuesto y presenta un cierto color blanco, muy parecido al encontrado

en Cabo de Gata; pero aquí muestran también tonalidades de color rojo, pardo oscuro, etc.: «lleva estalactíticas costras de ópalo y granitos sobre la costra muy notables casi todos por lo redondos que son y por lo que varía su color así como en la costra, blanco, amarillo, rojo, gris: es muy fino este ópalo y es lástima no se hallen en el costras gruesas»<sup>61</sup>.

Por fin, llegan a la falda de la Sierra Almagrera por la parte de la Rambla del Taral, «(llamada así por los Taraes que vegetan en ella) frente al Pozo de las Guardas que surte de agua buena para beber a todos los cortijos de este lado de la Sierra que son más de 25». La idea de los organizadores de la expedición es mostrar al viajero una especie de marcasitas que, según dicen, abundan por estos pagos, embutidas en la pizarra; sobre todo, en un pequeño rodal situado entre la propia rambla y el cortijo de un tal Ginés Serrano. Concretamente, al oriente de Cuevas y a no más de uno o dos tiros de bala del citado cortijo. Por desgracia, no aparecieron las dichas marcasitas, aunque es seguro que las había, dada la fe y autoridad con que lo aseguran los nativos que acompañan al viajero en su excursión serrana. Sí hallaron, en cambio, muchos granates, «que nuestros compañeros —dice Clemente— llamaban también marcasitas»<sup>62</sup>. Tampoco desaprovechan el momento, para curiosear, de paso, en torno a las grandes cantidades de escorias que aparecen por los alrededores. Seguramente, restos de antiguas fundiciones de hierro.

Del Taral pasan a la Cortijada de Grima, desde donde comienzan a ascender, buscando la cumbre del Cerro Bajo, la cual ofrece ya una sorprendente vista del mar. Este cerro se encuentra a dos leguas y media de Cuevas y a otra media, aproximadamente, de las playas que bañan el extremo más oriental de la Sierra de Montroy. El Cerro Bajo se halla enclavado al norte de otro conocido por Alto y Galán y ambos tienen a su alrededor una serie de cerrillos mezquinos, entre los que se encuentra el Puerto de los Peines; aunque ni unos ni otros se consideran ya parte de la Sierra de Montroy, pues los separa de ella una rambla bastante considerable. En fin, aparte del pórfido, que, como hemos dicho, despunta a rodales por muchos puntos de estos contornos, otras sugestivas novedades van a exigir muy pronto la atención y el detenimiento de los expedicionarios. «Al subir al

<sup>59</sup> Véase *Axarquía*, n.º 9, Parte 3ª de este trabajo: «La ciudad de Vera y sus contornos».

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 268.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 268-9.

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 268-9.

*cerro bajo*—prosigue Clemente— *vimos junto a ntra. vereda en una cuevecita hecha en la pizarra arcillosa (base de estos cerros) eflorescencias de sal común que han hallado también en otras cuevecillas del calizo cerro alto que nosotros veíamos desde el camino. Durante la epidemia última —la fiebre amarilla de 1804— como faltó sal a los cortijeros, se surtieron de estas cuevas, y de aquí han tomado estas eflorescencias escasas más nombre que merecen»<sup>63</sup>.*

Ya en la cumbre, el espíritu se solaza admirativamente, ante una soberbia vista panorámica: el mar latino, las amplias playas que ribetean la lengua del agua, el castillo de Terreros, el Pozo del Esparto, la propia Sierra de Montroy, etc. Todos, por cierto, parajes muy concurridos por los contrabandistas que infestan esta comarca. En efecto: *«el Cerro Bajo —cita Clemente— tenía cerca de su cumbre y mirando al mar algunas rascaduras hechas para sacar plomo de contrabando que se ha llevado para las Alfaharerías hasta Sorbas. Estas rascaduras están al SO ~ al O. del Castillo de Terreros y hechas sobre una caliza algo arcillosa y resquebrajadísima que cubre estos cerros»<sup>64</sup>.*

Aseguran los acompañantes del comisionado real que en estos emplazamientos rocosos abunda el alcohol o galena, una realidad contrastada, pero que *«lo resquebrajado de la roca hace que al menos de pronto no pueda trabajarse en ella haciendo mina que se hundiría; así parece debería trabajarse a tajo abierto comenzando desde las rascaduras más bajas ya que por este lado está el cerro tan pendiente y tan acomodado por lo mismo para vaciar los escombros en su declive. Ya los de Cuevas tenían formada Compañía para trabajar aquí y buscar otros sitios en estos cerros y la Sierra de Montroy. El Sr. Angulo visitó estas excavaciones y encargó se tapasen algunas y custodiasen por un Guarda».* También se han visto indicios de alcohol en los otros cerrillos colindantes. Y casi siempre, de calidad óptima. *«El alcohol sacado del cerro bajo —prosigue Clemente— es acerado hermoso entre el qual suele hallarse algún poquito de hoja menuda: sus cantos por la superficie tienen el aspecto del plomo blanco, del que dicen se halla también alguno»<sup>65</sup>.*

<sup>63</sup> Ibidem, p. 273.

<sup>64</sup> Ibidem, p. 270. Véase también MARTÍN GARCÍA, M.: «Notas para el estudio de la Arquitectura militar en la zona de la Axarquía almeriense (4ª parte)», en *Axarquía*, nº 5, 2000, pp. 161-180: «Fuerte de S. Juan de los Terreros», y GUIRAO GARCÍA, J.: «La primitiva torre de Santiago de los Terreros», en *Axarquía*, nº 5, 2000, pp. 51-54.

<sup>65</sup> Ibidem, pp. 271-2.

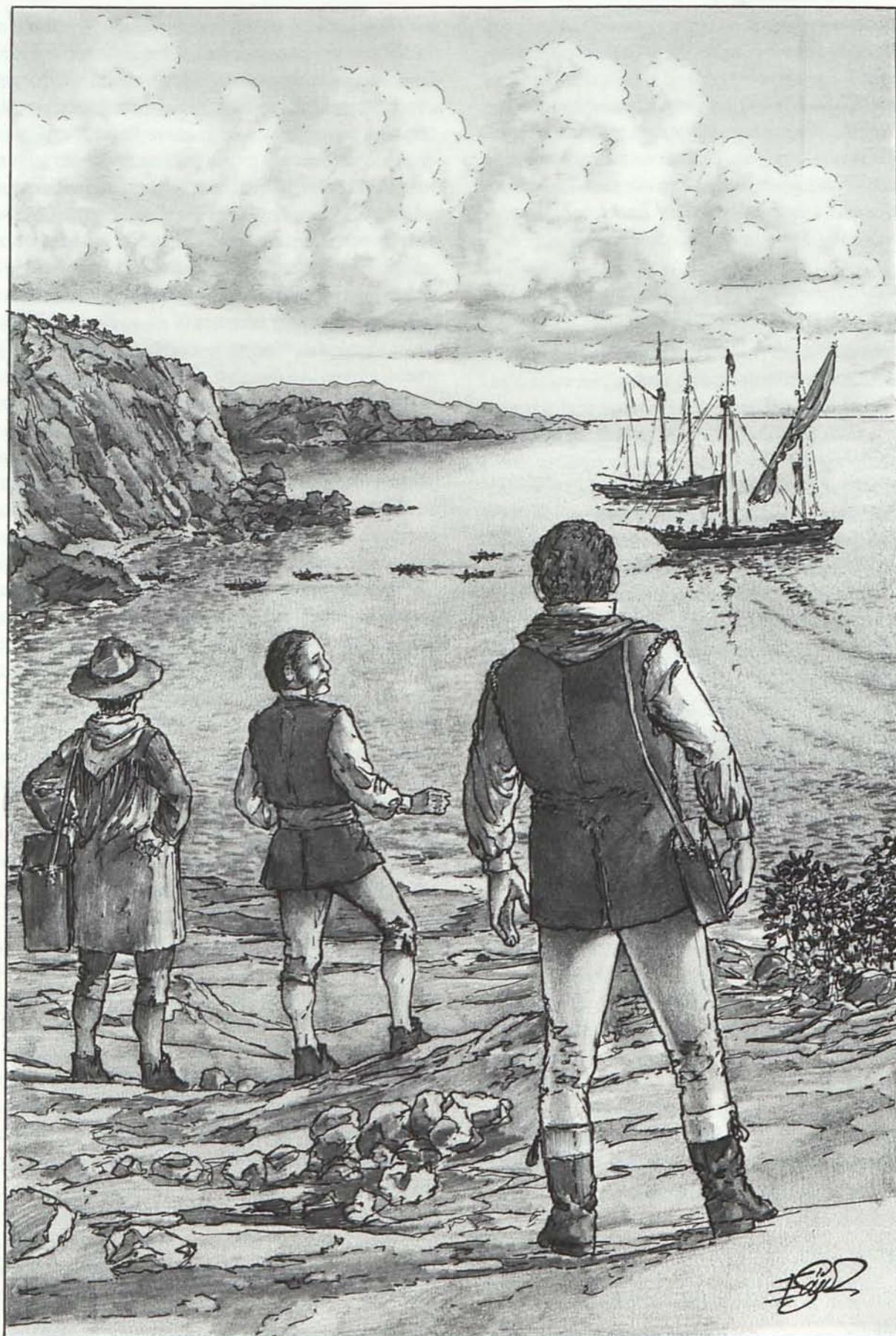
Respecto al plomo beneficiado y extraído de contrabando en estos montes, Clemente ha venido haciendo continuas referencias al asunto, en diferentes apartados de sus apuntes. En gran medida, este alcohol era transportado de manera fraudulenta hasta el pueblo de Sorbas, cuyas manufacturas alfareras del vidriado demandaban este mineral en grandes cantidades<sup>66</sup>. Desde luego, el Pozo del Esparto, un corto lugar marítimo, a los pies de la Sierra Almagrera por su punta oriental, parece ser que se había erigido en el bastión predilecto de estos burladores de la ley. *«En la Sierra de Montroy y en el Pozo del esparto jurisdicción de Cuevas —escribe en cierta ocasión— se saca mucho alcohol de contrabando del que se apresó poco ha una cantidad: dho. Pozo es famoso por el contrabando que entra por allí ya de muy antiguo»<sup>67</sup>.* En el Pozo del esparto se operaba de manera muy profesional y organizada, trajinando con una serie de productos muy variados. El propio Clemente pudo constatarlo, pocos días antes; concretamente, el 20 de mayo, desde lo alto de la Torre de Villaricos. Parapetado en aquel privilegiado mirador, pudo contemplar los impunes tejemanejes de estos depredadores de la Real Hacienda: *«ahora mismo —escribe allí nuestro alertado observador— veíamos frente a este pozo dos barcos que descargan tabaco a sabor y a la vista del castillo y torre sin que se opongá nada a la flema y descaró con que lo están haciendo días hay lo han hecho spre. Pues se juntan a veces hasta 300 contrabandistas de la Mancha, Cordova y del país más inmediato (sic), que apostan espías en la Sierra de Montroy y otras vecinas de modo que es dificultosísimo seguirles el alcance aun en el caso de que huyan o marchen. Además los barcos suelen hacer lo que días pasados estos dos, que es desembarcar gente armada para auxiliar a los contrabandistas, pues ellos van ahora en corso y salen a pillar de paso el buque enemigo que ven a tino: rara vez traen ropa además de tabaco»<sup>68</sup>.*

Pero volvamos al Cerro Bajo. La excelente perspectiva que le ofrece aquella cumbre abierta a mil horizontes, automáticamente le trae a las mientes una serie de consideraciones geográfico-políticas, ajenas,

<sup>66</sup> Ibidem, p. 245.

<sup>67</sup> Ibidem, p. 245.

<sup>68</sup> Ibidem, p.253. Todavía muchos años después, en 1820, los periódicos de cobertura nacional se harán eco, a menudo, de las acciones de los contrabandistas y piratas que ejercen en las costas veratenses. Concretamente, frente a la Torre de Macenas, en Noviembre de 1820 es desvalijado un falucho español cargado de tejidos. Varios asaltos similares tienen lugar en fechas muy cercanas. Cfr. *Miscelánea*, Madrid, nº 267 (22-11-1820), nº 297 y nº 299 (20 y 22-11-1820), etc.



«Ahora mismo, veíamos frente a este pozo dos barcos que descargaban tabaco a sabor y a la vista del castillo...».  
(Dibujo de Emilio Sánchez Guillermo)

tal vez, al objeto principal de su expedición, pero que de ningún modo podría pasar por alto la inquietud de un pensador racionalista y utilitarista al cien por cien, a fuer de buen neoclásico: «Desde el cerro bajo —nos dice Clemente— veíamos que la formación submarina del País se extiende hasta mucho más allá de Águilas, estrechada algo frente a este Pueblo por la Sierra de Enmedio que se dirige hacia Lorca; así como por frente a la Sierra de Montroy la estrecha la Sierra de Almagro. La línea divisoria de los Reynos de Granada y Murcia corre aquí cortando la formación submarina a dar en la Sierra de Enmedio, en cuya punta casi toca, que corta también; así no es natural de modo alguno sino del todo arbitraria, pues no está indicada por sierra, río ni otra división alguna natural. Si la parte de Levante del Reyno de Granada se separase de éste quedaría este Reyno naturalmte. circunscrito por este lado, y agregando dha. parte oriental al pequeño Reyno de Murcia, ya que sus relaciones con él son tan íntimas como escasas con la parte occidental del de Granada, lograrían las ventajas que deben resultar de reunir bajo de un mismo Gobierno los Pueblos que naturalmte. y por intereses etc. conspiran a estrechar sus relaciones»<sup>69</sup>.

Pero tal vez no sea el momento más apropiado para filosofar. El tiempo apremia y la expedición debe proseguir el rumbo marcado. Así, pues, cuando descienden del Cerro Bajo, y, tras cruzar de nuevo la Rambla del Taral, bordean la falda de la sierra hasta toparse con el Pago de Lorquí. A éste sigue el Pago de Mulería y, finalmente, se penetra en el de Almizaraque. En el primero de ellos —Lorquí— se detendrán todo el tiempo necesario y requerido por sus muchas propuestas. Los indicios arqueológicos, a flor de tierra, impiden pasar de largo. Y es que «sobre el dho. Lorquí está la Sierra llena de excavaciones antiguas las más enteramte. cegadas, tanto que no puede ya en algunas reconocerse el sitio donde estaban y en otras ni casi los vaciaderos por estar cubiertos de vegetales: sin embargo aseguran que hay alguna profundísima que tal vez tiene forma de pozo —y hay quien quiera sean estos pozos los famosos de Anibal—. Nosotros hemos corrido muchas excavaciones de estas o más bien sus vaciaderos en busca de un alcohol de hoja que nos decían iba en veta de cuarzo o pedernal blanco<sup>70</sup>: mas en ninguno de ellos

<sup>69</sup> Ibidem, p. 275.

<sup>70</sup> «Existe efectivamte. esta veta de alcohol de hoja hermoso, que va con ganga no de cuarzo, sino de espato barítico y pizarra común con matriz de la última, lo que no se había visto antes en la Provincia», Ibidem, p. 274.

hemos podido encontrar rastro de otro metal que yerro comunmte. especular con ganga de pizarra común que es la roca matriz, de cuarzo y sobre todo de espato barítico que abunda asombrosamte. como gran compañero del hierro. En estas minas tenemos pues bastante hierro para las grandes fundiciones» de antaño, cuyas escorias aún pueden ser contempladas en el vecino Cabezo de las Herrerías y en las «muy considerables», recién vistas en la Rambla del Taral, en las que también se halla, mezclado, algún perdigoncillo de plomo<sup>71</sup>.

Todavía sin salir de este pago, Clemente parece haber encontrado la razón de ser del nombre popular que lleva esta sierra: «Sobre Lorquí —prosigue— se ve rojear en algunos trechos la Sierra de Montroy hacia la falda especialmte. en algunas labores cuando están recién labradas. Nosotros hallamos en un sitio muy buen Almagre entre las hojas de la pizarra común y parece que no escaseaba. Ya tenemos el origen del nombre «Almagrera» que dan los Naturales a esta Sierra, y el de los pedazos de almagre que después de las lluvias suelen hallarse en la Rambla del Arteal. Esta almagra debe resultar de la arcilla que da la descomposición de la pizarra cargada de óxido de hierro, y este mismo es el que colora a un cerro rojizo de pizarra que por su color nos atrajo desde lejos a reconocerlo»<sup>72</sup>.

Finalmente, se encuentran con un filón del célebre serriche, tan denostado, según vimos más atrás, por los compradores de la extraordinaria barrilla que produce la comarca. Y tan deseado, al mismo tiempo, por la insaciable curiosidad del viajero real, desde que en Vera le hablaron de su existencia<sup>73</sup>. Este hallazgo les conduce, de manos a boca, a toparse con el que, según parece, fue el propagador en estas tierras del fraude del serriche, introduciéndolo en la cremación de la barrilla. La cosa vino a ocurrir así: «En la Rambla del Arteal, que corre al mar por entre el cabezo de las herrerías y Sierra de Montroi, paralela con sus faldas, y lamiéndolas en varios puntos, se hallan cantos rodados de la barita que llaman serriche los del país. Por esta misma rambla, desde el Pago de Lorquí, subíamos para encontrar el origen de estos cantos; nos íbamos encontrando algunos; aunque no tantos quantos hubiera si los que adulteraron la barrilla no los hubieran antecedentemte recogido. Hallamos en fin el origen, a uno y otro lado de la rambla. La barita se encuen-

<sup>71</sup> Ibidem, pp. 274.

<sup>72</sup> Ibidem, p. 276.

tra en vetas desde una pulgada y menos hasta más de una tercia de gruesas... Hemos visto en un Cortijo de Lorquí al que siete años ha dio a conocer el serriche.: dice él que viniendo de Cartagena halló uno que llevaba una carga de él para hecharlo en la barrilla y que así quedó instruido de su uso que era ya más antiguo en Lorca donde le toman de su cabeza que llaman de Tevar y en Almazarrón donde le tienen también cerca etc. etc.»<sup>74</sup>.

A pesar de todo, la extraordinaria riqueza mineralógica de este municipio no ha conseguido eclipsar en Clemente su inquebrantable vocación de botánico. Y, mucho menos, tratándose, como se trata aquí, de unos campos que ofrecen con cierta opulencia un variado escaparate de plantas, tanto en los ribazos de sus acequias y demás humedales, como en la aparentemente desolada aridez de sus sierras. Y con más razón ahora, en pleno estallido de una primavera auténticamente mediterránea. Traigamos, pues, algunos ejemplos escogidos de entre las muchas muestras colectadas por el investigador oficial. Siempre, a ser posible, con el nombre popular o vernáculo, el cual nos parece más sugestivo que el científico, habida cuenta del carácter divulgador de este trabajo<sup>75</sup>. Abundan aquí las chirrihuelas, el mojigato, y el apio bravío, «que comen, común en las acequias con el Samol. valerandi que llaman yerba ce y aplican las Mugerres al pezón doliente con efecto». También en las acequias, la mielga, la adelfa, que aquí dan el nombre de baladre, el alpiste, muy común en todos los campos, al igual que la boja negra. «El cactus se encuentra en toda la Sierra de Montroy, donde abunda mucho la boja yesquera o Artemisia alba que tan común es en el País y de cuya yesca

hacen uso». En la misma sierra se prodigan el crespínillo, el torovisco y las dos clases de espárragos ya catalogadas en otras zonas de la provincia; el malvavisco, usado para curar resfriados; la matamosquera, el papo de vieja, la escorzonera teta de vaca; el arto, que parece ser ha dado nombre a la Rambla del Arteal; «el Rhamus aragamia, la que en Luxar llaman yerba de las 7 sangrías, el gran cartamo que se eleva más que un hombre lleno de flor», la albarrana, el lentisco, el romero, el quebraollas, «la atocha que todo lo llena en el país y el albardín que pocas veces llega a abundar tanto»; «las lavándulas dentata y multífida que cunden también fuera de la Sierra, las llaman cantahueso», el tomillo salsero, el cambrón, etc. También «parece que se cría bravía en estos alrd. la alcachofa que llaman alcancique y comen»; «la tuera se halla abundante hacia la playa». Así mismo, «En la falda de la Sierra es común el chelindón, que llaman pico de grajo y que en el País suele cubrir los campos... la soja, gazul, gazula, pincho, etc. y demás plantas de sosar abundan (y se queman)... hasta la mitad de esta (de la falda de la sierra) suele llegar la barrilla cultivada y espontánea». Finalmente, antes de dar por cumplida esta correría montañera, convendría que hiciéramos mención de las rotundas ausencias o descubiertos que se advierten en estos montes. De entrada, se echan de menos en ellos las grandes masas arbóreas que sin duda los poblaron en otro tiempo. Deficiencia que la avezada pupila de Clemente no podía dejar de percibir. E inmediatamente lo refleja en sus papeles: «Menos abundantes son en la misma sierra el acebuche e higuera bravíos, la ruda, el pino que es raro», etc. etc.<sup>76</sup>.

<sup>75</sup> Ibidem, pp. 278-9. Clemente utiliza indistintamente los nombres vernáculos y los científicos. En este caso, siguiendo siempre la corriente linneana, muy de moda a la sazón. Vid. PALLARÉS NAVARRRO, A.: «Inventario florístico de María y su Sierra realizado por Rojas Clemente en 1805. Actualización y crítica», *Revista Velezana*, nº 15, 1996, pp. 63-70.

<sup>76</sup> Estas sierras probablemente fueron desforestadas, desde tiempo inmemorial, con el fin de aprovechar sus leñas como combustible para las antiguas herrerías. Ya lo había dejado escrito el Abad Navarro: «Están desatendidos los plantíos de todas las Costas. La Sierra de Alhamilla, Cabo de Gata, Montroy y las Águilas están peladas, sobre el desagrado que causa su vista, las hace más secas. Se ven algarrobos, azebuches, pinos, chaparros, lentiscos, que son reliquias de los antiguos bosques que los ocupaban. Era muy fácil entretener estos montes librándoles de la ravia destructora de los Carboneros, y haciendo que los desmontes se hicieran con discernimiento, y según principios». Vid. GUILLÉN GÓMEZ, A.: op. cit. p. 169.

<sup>73</sup> Véase la Parte Tercera de este trabajo: «La ciudad de Vera y sus contornos».

<sup>74</sup> Ibidem, p. 277. Estos pequeños balbucoos de la industria minera en tiempos de la Ilustración se convertirían en una realidad muy lucrativa, sólo unos lustros después, como es de sobra conocido, tras el descubrimiento, en 1838, de una riquísima veta de plomo argentífero en el Barranco Jaroso. Vid. SÁNCHEZ PICÓN, A.: *La minería del Levante almeriense, 1838-1930*, Almería, 1983.